Cuadernos del CENDES
ISSN: 1012-2508
cupublicaciones@ucv.ve
Universidad Central de Venezuela
Venezuela

Moreno, José Eduardo
La constitución de las matrices político-ideológicas de la izquierda argentina. Las huellas de origen y sus implicancias en la práctica política
Cuadernos del CENDES, vol. 32, núm. 88, enero-abril, 2015, pp. 75-98
Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40341007004

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RECIBIDO: SEPTIEMBRE 2014
ACEPTADO: ABRIL 2015

La constitución de las matrices político-ideológicas de la izquierda argentina

Las huellas de origen y sus implicancias en la práctica política

JOSÉ EDUARDO MORENO

pp. 75-98

Resumen

La importación de debates y problemas que están en la base de la constitución de buena parte de la izquierda argentina inciden aún hoy en la definición de sus coordenadas políticas. El surgimiento del peronismo produjo una nueva –y significativa– grieta en ese espacio que hoy se reedita con la aparición del kirchnerismo. El presente artículo recupera el análisis del proceso histórico a través del cual se constituyen las principales matrices político-ideológicas de la izquierda en la Argentina en busca de aportar a la comprensión de los posicionamientos políticos que estas asumen. Se busca con este recorrido identificar las grandes directrices de sus discursos, el origen y modo en que se establecen sus diferencias programáticas y sus implicancias en la práctica política que desarrollan.

Palabras clave

Izquierda argentina / Matrices político-ideológicas / Huellas originarias e implicancias políticas

Abstract

The import of debates and issues that are at the base of the formation of much of Argetina's left affects even today their political coordinates. The rise of peronism produced a significatively new crack in the space now reissued with the appearance of the kirchnerisn. This article analyses the historical process through which the main political and ideological matrices of the left in Argentina are established, seeking to contribute to the understanding of the political positions they assume. Through this path, we seek to identify the main guidelines of their speeches, the origin and how their programmatic differences arises, and their implications in the development of their political practices.

Key words

Argentina Leftwing / Political-ideological molds / Originating footprints and Policy Implications

* Doctor y Magíster en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata, Licenciado en Sociología, Investigador Becario Postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.
Correo electrónico: moracles78@hotmail.com

Introducción: Debates importados, problemas importados[1]

Aquellos debates, álgidos e irreductibles en muchos casos, que caracterizaron el derrotero de *las internacionales socialistas,* irradiaron hacia todas las latitudes al ritmo que la industrialización se expandía. Es en medio de estas diferencias que se llega a la conformación de las primeras formaciones políticas de izquierda en la Argentina, aquellas que adquieren cierto grado de institucionalidad y masividad. Como es sabido, tanto las organizaciones socialistas como las anarquistas se conforman –casi exclusivamente– con el afluente inmigratorio del último cuarto del siglo XIX.[2]

El choque entre socialistas y anarquistas en la *I Internacional* da cuenta de la presencia de dos matrices político-ideológicas[3] claramente diferenciables, lo que no implica que no compartieran un sustrato común, un *nosotros* de primer orden. Al mismo tiempo, ya en ese entonces se manifiesta un segundo quiebre al interior de los socialistas que los dividirá entre *reformistas* y *revolucionarios*.

Las organizaciones políticas de la izquierda, que comienzan a surgir en la Argentina hacia finales del siglo XIX, trasladarán de manera literal aquellos conflictos. Cada una se empeñará en plasmar de manera clara y precisa la toma de posición sobre cada uno de los debates en danza. Así surgirán programas fundacionales con status *sacro* y publicaciones semanales de lectura obligatoria. El halo científico que acompaña al socialismo como ideología política acentuará estos rasgos, dándole a las definiciones político-ideológicas una centralidad excluyente.

A continuación repasaremos los principales rasgos que adquiere el arribo de los debates de la izquierda a la Argentina para considerar su implicancia en la práctica política.

[1] El presente artículo se enmarca en el proyecto de investigación: «Identidades, discursos y prácticas políticas de los sectores populares en la Argentina post 2003: perspectivas teóricas, enfoque analíticos y estudios de caso.»(11/H631), 2012-2015, dirigido por el Dr. Aníbal Viguera, acreditado por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en el marco del Programa de Incentivos a Docentes-Investigadores y radicado en el Centro de Investigaciones Socio-históricas (CISH), Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FAHCE).

[2] Existe un consenso extendido (Abendroth, 1965:43; Lichtheim, 1975:83-91; Galasso, 2007:9-10 y Rodriguez Araujo, 2002:53) en señalar una estrecha relación entre el nivel de desarrollo económico de los países y el tipo de corriente de izquierda más extendida. De este modo, aparecen por un lado las organizaciones anarquistas, las que estaban constituidas por inmigrantes provenientes de países de «menor desarrollo de las fuerzas productivas» como España, Italia y Rusia, que se caracterizaban por la confianza en la acción directa y por cierto anhelo por el trabajo «pre-capitalista». Por su parte, los socialistas provienen en su mayoría de países «más desarrollados» (Francia y Alemania), abogan por prácticas reformistas y parlamentaristas, aunque apuntan a un «sistema superador» al que propone el capitalismo.

[3] Maristella Svampa concibe a las matrices político-ideológicas como «aquellas líneas directrices que organizan el modo de pensar la política y el poder, así como la concepción del cambio social.» Esto no significa que se trate de corpus teóricos cerrados y definidos de una vez y para siempre, ya que las mismas «no se encuentran en estado puro, pues las diferentes dinámicas políticas han dado paso a diversos entrecruzamientos y conjunciones» (…) como también a un proceso de conflicto y colisión, que puede llevar a acentuar las diferencias en términos de concepciones, modos de pensar y hacer la política.» (Svampa, 2010:8)

La matriz socialista-liberal

Usando una vieja metáfora de Zygmunt Bauman (1990), si tuviéramos que ubicar los libros que contienen el acervo teórico ideológico de las grandes ideologías políticas modernas y sus distintas matrices, la socialista-liberal (también llamada socialdemócrata, reformista o revisionista) sería la matriz más cercana al estante donde se agolpan los libros del liberalismo.

Al menos en su versión de cabotaje, la socialdemocracia va a tomar posiciones que en determinadas circunstancias la van a acercar más a Adam Smith que a Karl Marx. Esto, que así dicho puede parecer polémico y provocador, en verdad no lo es tanto, menos si tenemos en cuenta el origen común de ambas ideologías políticas en tanto respuestas «progresistas» al surgimiento de las sociedades modernas.[4]

A finales del siglo XIX, en la época de la II Internacional, el socialismo se debatía centralmente entre *revolucionarios* y *reformistas*. Entre los últimos, el énfasis puesto en el resguardo de las libertades e instituciones políticas, su lógica consensual y la gradualidad de su concepción de cambio evidenciaban su cercanía con el corpus ideológico del liberalismo. En la Argentina de ese entonces, el socialismo se estructurará en torno de la figura de Juan Bautista Justo (1865-1928), quien toma partido por la corriente reformista/revisionista, mostrando en su pensamiento –que marcará a fuego la tradición del socialismo en nuestro país– una particular combinación de elementos de las matrices reformista y liberal.

Si bien el Partido Socialista surge a partir de la concurrencia de un variado grupo de organizaciones (Oddone, 1983:7-17), es la figura de Justo la que se erigirá prontamente en su figura central y quien le imprimirá su impronta. Fue luego de acompañar a Leandro N. Alem, en su combate al intervencionismo nacionalista representado por el roquismo[5], que Justo se acerca a los grupos socialistas, fundando en 1892 la «Agrupación Socialista de Buenos Aires», el «Centro Socialista Obrero (1894), hasta llegar al «Partido Socialista Obrero Argentino» (1896) que en 1900 adoptará el nombre definitivo de «Partido Socialista de la Argentina» (en adelante PS).

[4] Ante los sucesos generados por la doble revolución había, en primer lugar, «dos opiniones contradictorias: la de quienes aceptaban el rumbo que el mundo seguía y la de quienes no lo aceptaban; en otras palabras, los que creían en el progreso y los otros.» (Hobsbawm, 1971:416). En verdad el liberalismo burgués constituye el plafón sobre el que se irá estructurando la ideología socialista, al menos como su interlocutor más presente. Tradicionalmente se menciona a la figura del Conde de Saint-Simón como el fundador del *socialismo utópico* –la «pata política» en la que se inspiró Marx según la célebre fórmula de Lenin– quien como sabemos pregonaba la institución de una sociedad *industrialista*, en donde la burguesía y el proletariado –las «clases productivas»– hacían causa común contra las «clases parasitarias». De la misma manera, si se entiende al socialismo como el ideal de una sociedad en la que se «radicaliza la democracia» (ver Laclau y Mouffe, 2006), también resulta acertado –al menos coherente– pensar en una suerte de *continuo de democratización* en la que liberalismo y socialismo representan instancias de un mismo proceso, dos estaciones de un mismo tendido ferroviario.

[5] De acuerdo a la tesis de Rodríguez Braun (2000:41), el socialismo de Justo se presenta, junto con la Unión Cívica Radical, como una alternativa que buscará avanzar en las reformas republicanas, con especial énfasis en los valores liberales ante los componentes nacionalistas e intervencionistas de la Generación del ochenta. De ese modo ante esta gran disyuntiva, representada en aquel entonces por las figuras de Roca y Alem, Justo participará –como alemista– de las revueltas de 1890. Luego de la muerte del fundador de la UCR en 1896 y del ascenso de su sobrino Hipólito Yrigoyen, muchos alemistas abandonarán el partido hacia la derecha y hacia la izquierda. Justo, será uno de ellos, quien seguirá su camino hacia el reformismo bernsteiniano.

En aquel entonces se asume como un claro defensor de las ideas del reformismo socialista, tomando partido por la línea representada por figuras como Bernstein y Jean Jaurés, pero incorporando de manera central elementos del liberalismo, no sólo político, sino también –y con llamativo énfasis– económico. En este sentido señalaba que el PS «acoge con mucha reserva los proyectos de inmediata nacionalización o municipalización de los trabajos y servicios colectivos... prefiriendo la gestión privada de los negocios a su manejo por gobiernos corrompidos e ineptos» (Justo, 1914, en Rodríguez Braun, 2000:46-47). Desde estas coordenadas ideológicas, Justo se acerca a posicionamientos claramente librecambistas, teñidos de eurocentrismo e incluso racismo.[6] Al mismo tiempo, el peso de los elementos liberales se acentúa a medida que se profundiza el divorcio entre el ala política y el ala sindical de los socialistas (Corbiere, 1984:18-19; Tortti, 2009:28).[7]

Respecto a las influencias de Bernstein y sus adláteres, los ejemplos son sobrados y menos polémicos. Justo tomó posicionamiento público por esta corriente de manera constante destacando su preferencia por el parlamentarismo y el reformismo, dándole a la «pata política» cada vez más centralidad en detrimento de la labor «sindical» y, por tanto, a la presencia obrera dentro del movimiento. Así lo sintetiza Tortti:

> El Partido Socialista se consideró a sí mismo como un partido 'de reformas', destinado a desarrollar una amplia acción civilizadora que promoviera la evolución y el progreso de la sociedad argentina, lejos de las viciadas prácticas caudillistas de la 'política criolla' y ajena, también, a los métodos que buscaban la redención social de los trabajadores exclusiva o principalmente a través de la 'violencia catastrófica' (Tortti, 2009:25).

Más allá de las apreciaciones acerca de la centralidad que pudieran tener las ideas marxistas en el PS, sí parece evidente la tensión existente en la conformación de su identidad entre los objetivos últimos de la sociedad socialista y las prácticas reformistas de fuerte impronta liberal republicana. Camarero y Herrera (2005) se refieren a esta tensión como la «falla genética» producto del «carácter inestable y bifronte» de un proyecto que pretendía sintetizar una «transformación social radical» con «reformas por la integración social» (Idem:10). De este modo, a la vez que se proyectaba un *Programa Mínimo*[8] no se

[6] «Me he preguntado entonces ¿dónde están los criollos? Y sólo cuando visité la cárcel de Toay hallé la respuesta. En la población del presidio, el tipo humano cambiaba por completo: me encontré rodeado de compatriotas (risas)(…) Pensé, entonces, señor presidente, que la raza argentina, la antigua raza autóctona, está condenada finalmente a la desaparición y que nuestro papel de gobernantes no es la de pretender poner vallas al mar» (J.B. Justo en *La obra parlamentaria* de J. B. Justo, Prometeo, Valencia, p. 70; en Galasso, 2007:18).

[7] En efecto, con su política de autonomía partido-sindicato, los elementos obreros se fueron desvaneciendo a medida que crecía el peso de «los políticos», intelectuales y profesionales de extracción media más cercanos al liberalismo democrático parlamentario que a las ideas de Marx. Si bien el liberalismo político será una constante como piedra angular en su corpus ideológico, el liberalismo económico será puesto en discusión a partir de diferentes coyunturas internacionales (guerras mundiales, crisis de 1929), promoviendo en determinados momentos programas de marcado tinte intervencionista, como el «plan de defensa nacional» de 1938 (Camarero y Herrera, 2005:29; Graciano, 2007:249-50).

[8] El *Programa Mínimo* constaba de dos partes, la política y la económica. En la primera se demandaban reformas con fuerte cariz liberal-republicano: sufragio universal, nacionalización de extranjeros, sistema electoral proporcional con representación de minorías, revocabilidad

renunciaba a una estrategia *camino* hacia el socialismo, es decir, hacia una transformación radical de la sociedad que incluía la *socialización de los medios de producción*.[9]

La definición del socialismo como objetivo último descansaba en dos supuestos emblemáticos del pensamiento marxista de la época: el evolucionismo-determinismo y la apelación a la ciencia como sustrato del discurso político. Sobre lo primero, la dirigencia justista hacía hincapié en la importancia de avanzar en una alianza con los productores rurales para desarrollar una alternativa capitalista moderna al modelo latifundista de la oligarquía. Una vez inmersos en la senda del «buen capitalismo», el advenimiento del socialismo se presenta como inevitable. Sobre lo segundo, la referencia a lo científico opera como legitimador del discurso político propio frente a los otros discursos «no científicos» –especialmente los de conservadores y radicales–, que constituían manifestaciones del atraso de la «política criolla».[10] Ambos elementos serán rasgos presentes en casi toda la tradición política de la izquierda en la Argentina, adquiriendo especial interés a la hora de observar las fijaciones de sentido presentes en los discursos identitarios y sus implicancias en los posicionamientos políticos que asumen (Graciano, 2010:11-20; Oddone 1983:21,48-49).

La combinación de elementos liberal-republicanos, revisionistas y marxistas construyen un corpus identitario, no exento de tensiones, que establece las fronteras con las que el PS buscará su lugar en el escenario político argentino. La frontera identitaria «por derecha» dirige sus críticas principalmente a la *oligarquía terrateniente* y a su *régimen conservador*, especialmente en temas como la concentración de la tierra. Aún así no faltaban coincidencias en varios puntos vinculados con los elementos liberales de la política económica, lo que lo ponía mucho más cerca de la oligarquía terrateniente –por los rasgos librecambistas del modelo agro-exportador– que del yrigoyenismo con su intervencionismo e ideas proteccionistas (Rodríguez Braun, 2000; Galasso, 2007).

En efecto, su relación con el radicalismo resulta compleja y poco armoniosa. Aunque portador de reivindicaciones republicanas, propone instancias de intervención estatal que no son bien vistas por el PS. Esto se suma a la disputa por una base electoral –sectores medios y populares– que les es común. Siguiendo la práctica –bastante habitual en la izquierda–

de mandatos, autonomías municipales, respeto de libertades civiles, separación Estado-Iglesia, divorcio, etc. La parte económica, por su parte, enumeraba una serie de reivindicaciones laborales y económicas más, que incluían: jornadas de 8hs, reglamentación del trabajo femenino e infantil, salario mínimo, igual salario por igual producción, abolición de impuestos indirectos, tribunales laborales bilaterales (patrones y trabajadores), etc. (El programa completo puede encontrarse en Oddone (1983:32-33).

[9] En su Declaración de Principios hacen manifiesta su intención de «substituir al actual régimen capitalista con una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva o social» y que la libertad económica «base de toda libertad, no será alcanzada mientras los trabajadores no sean dueños de los medios de producción» (La declaración completa puede encontrarse en Oddone (1983:64)

[10] «Así, el socialismo marca el 'advenimiento de la ciencia a la política', constituyendo el partido más avanzado porque 've más clara y completamente la las cosas sociales como suceden hoy'» (Camarero y Herrera, 2005:14). Las comillas son del original.

de homologar a todas aquellas fuerzas políticas del campo «no trabajador», Justo ubica al radicalismo en el mismo nivel que el mitrismo y el roquismo.[11]

Hacia la «izquierda», el PS se distingue de las otras dos grandes corrientes socialistas. Las diferencias con el anarquismo aparecen, lógicamente, como más profundas que con los socialistas revolucionarios. Aquí el punto de quiebre tiene que ver con la concepción «anti-política» de los seguidores de Proudhon y Bakunin, quienes renegaban de toda estrategia que apuntara a competir –por el medio que fuera– por el control del aparato político administrativo. Justo rechaza la «aspiración mística y absoluta a la libertad» que predicaban los anarquistas, y condena la contradicción reflejada en que:

> ...para quienes toda ley es atentatoria a ese sagrado principio, una inútil y odiosa imposición, muy comúnmente admiran, sin embargo, la revuelta y el atentado, forma esta última la más violenta de coerción. Actividad inferior, propia de hombres incapaces de conseguir sus fines por medios más inteligentes... Una puñalada o un tiro los da cualquiera. (Justo, 1915 en Rodríguez Braun, 2000:45).

Con los socialistas revolucionarios existía un punto de acuerdo que resultaba crucial: concebir al Estado como un espacio a ser conquistado y como la herramienta principal para avanzar hacia la transformación de la sociedad. La diferencia estribaba en los medios tanto para alcanzar ese espacio de poder, como para, luego, desarrollar las medidas necesarias para la transformación. Los socialistas del PS, recostándose en sus definiciones reformistas, procurarán mantenerse dentro de las instituciones políticas de la «democracia burguesa» tanto para alcanzar el poder del Estado, como para luego avanzar en la transformación social.

Si bien el reformismo hegemonizó –junto con los elementos liberales– el corpus ideológico del PS, existían en su interior tendencias que simpatizaban con el socialismo revolucionario, o al menos que propugnaban un mayor acercamiento al marxismo que el que proponía la dirigencia justista. Ya hacia 1912, José Penelón encabeza una línea al interior del PS que se propone «volver al marxismo». Este sector irá confrontando con la dirigencia del partido hasta que, atravesado por las discusiones en torno de la Primer Guerra Mundial y de la Revolución Bolchevique, llevará adelante su alejamiento para constituirse en el germen del marxismo leninismo en la Argentina.

[11] «Roquistas, mitristas, yrigoyenistas y alemistas son todos los mismo. Si pelean entre ellos es por apetitos de mando, por motivo de odio o simpatía personal, por ambiciones mezquinas e inconfesables, no por un programa, ni por una idea (...) Todos los partidos de la clase rica son uno solo cuando se trata de aumentar los beneficios del capital a costa del pueblo trabajador». Primer manifiesto electoral del PS, 1896. Citado en Oddone (1983:47) y Galasso (2007:17).

La matriz marxista leninista

La presencia de esta matriz en la Argentina se da a partir del crecimiento de las propias tendencias revolucionarias al interior del PS y por los acontecimientos internacionales que hacen que estas tendencias adquieran un peso específico sobresaliente. La coyuntura internacional estará marcada en este período por el estallido de la *Gran Guerra*, el triunfo bolchevique y el consecuente prestigio que adquieren los socialistas revolucionarios que se plasmará en la fundación de la *Internacional Comunista* o *III Internacional.*

Como se dijo, el grupo al que luego llamaran los «internacionalistas» comienza a manifestar su disconformidad por la preeminencia que adquiere el reformismo al interior del PS, tempranamente, cuando funda en 1912 el *Centro de Estudios Sociales Carlos Marx* para «reintroducir el marxismo como fundamento de la política del PSA» (Graciano, 2010:26). El estallido del Primera Guerra mundial agudiza, tal como lo había hecho en la *II Internacional,* las contradicciones entre reformistas y revolucionarios al interior del PS de Argentina. Los primeros tomaron posición por el bando de los «aliados» encabezados por Francia e Inglaterra, mientras que el sector afín al socialismo revolucionario definía al conflicto como «inter-imperialista» y que por tanto se debía sostener una posición neutral y antibelicista. Con el triunfo bolchevique, los socialistas revolucionarios encuentran por fin una experiencia real en las que sus tesis de toma del poder y cambio social se *hacen carne*, aunque en el momento en que se produce la ruptura, la Revolución Rusa aún no posee una centralidad destacada en el debate (Campione, 2005:147).

La suma de estos elementos lleva al enfrentamiento que se plasma en el III Congreso Extraordinario del PS en abril de 1917. Allí los *internacionalistas* logran imponerse frente a la *dirigencia parlamentaria,* pero pronto estos recuperarán el control y terminarán expulsando a los disidentes. El corolario de esta situación será su alejamiento del partido y la fundación del Partido Socialista Internacional (enero de 1918), que luego, siguiendo las directivas de la Internacional Comunista (IC), adoptará el nombre de Partido Comunista (1920).

Es complejo calcular el peso que tuvieron las diferencias político-ideológicas en comparación con otros elementos como la propia disputa de poder o hasta las diferencias socioeconómicas de los bandos en disputa (Campione, 2005:156). En cualquier caso, el antecedente del *Centro de Estudios Sociales Carlos Marx* parece indicar que las diferencias del orden político ideológico constituyeron un elemento no desdeñable (Corbiere, 1984).

Con la triunfante experiencia de Lenin, la idea de desatar un proceso de insurrección y tomar el poder del Estado se torna tangible y seductora. Prima una concepción del cambio que desdeña las instituciones políticas de la «democracia burguesa» –por *burguesas*– apostando más a una rebelión/insurrección que *tome* el poder del Estado, para desde allí avanzar, mediante la expropiación, nacionalización y socialización de la propiedad de medios de producción y tierras, a la meca comunista.

Estas definiciones descansan en una serie de supuestos fundamentales, como la mayor *esencialización* en algunos elementos clave, tal la postura frente a las instituciones políticas republicanas o el propio Estado, que al tratarse de creaciones burguesas, promueven y resguardan sus intereses de clase.[12]

La concepción de partido de vanguardia se constituye en el modelo de organización política por excelencia, junto con aquella concepción de cambio atada a una serie de experiencias revolucionarias que serán tomadas como referencias canónicas. De esta manera, la disminución del espacio de lo contingente –de *lo político*–, sobredeterminado por elementos de otro orden –económico, «estructural»– sumado a la apelación a la verdad científica –como terreno que está *más allá* de las opiniones– se articula en la matriz marxista-leninista con la presencia de *mitos fundadores* –procesos revolucionarios que se transforman en modelos de acción– al interior de una estructura organizativa –hija de aquellos *mitos fundantes*– de rígida jerarquía y –muy frecuentemente– con entronización dirigencial (Kohen, 2010:36-42).

La particularidad que adquiere el desarrollo de esta matriz en nuestro país es que su organización principal y más representativa se aparta de muchos de los principales lineamientos propuestos por ella misma. En efecto la organización política que fundará la tradición marxista-leninista en la Argentina no será quien represente en el futuro los principales lineamientos de aquella matriz. Esto será así, en gran medida, por el rígido encuadramiento que el PC de la Argentina asumirá para con el PCUS, quedando sujeto a los vaivenes de la IC. De este modo, se convertirá –junto con la mayoría de los PC del mundo– en una suerte de instrumento de la política exterior soviética, siguiendo las directrices que aquel partido establecía.

Por tal motivo, la matriz marxista-leninista quedará representada en la Argentina por diferentes tendencias que se alejarán de la órbita del PC, intentando resguardar los elementos centrales de dicha matriz. A continuación, se repasaran las tendencias más importantes y el modo en que se definen en ese proceso de identificación y diferenciación.

El trotskismo

La primera tendencia que se instituye en este sentido es la de los trotskistas, la que deriva de las disputas que surgen en la URSS y en la IC entre los stalinistas y la llamada *Oposición de Izquierda*. En efecto, en la disputa por la sucesión del poder en la URSS luego de la muerte de Lenin, el sector liderado por Stalin se hace con la conducción del Estado y de la IC, lo

[12] Todo esto deriva en una serie de definiciones que restringen el abanico de opciones. Por ejemplo, que el cambio podrá llevarse a cabo *sólo* mediante una revolución que deberá abolir o destruir el Estado burgués –es un sinsentido querer «transformarlo»– para erigir un nuevo Estado administrado por una *dictadura del proletariado*, garante de la justicia social. La cuestión de clase adquiere una centralidad excluyente, sobredeterminando el rol y la ubicación política de los actores en disputa.

que genera resistencias entre los grupos relegados, entre ellos el liderado por Trotsky. Estas disputas entre stalinistas y trotskistas tendrán su correlato en nuestro país, dando lugar a diversas escisiones en el PCA encabezadas por grupos disconformes con la propensión hacia la centralización y la burocratización que adivinan en la estrategia stalinista.

Así, en los primeros años de vida del PCA, surge un grupo denominado «los chispistas», quienes critican la sumisión del partido a las directrices de la URSS. Hacia 1925, un sector liderado por Mateo Fossa, Héctor Raurich y Angélica Mendoza forma el Partido Concentración Obrera (PCO) frente a la «consolidación de un aparato burocrático dependiente de URSS y ajeno a la voluntad de las bases». Entre los argumentos más importantes que esgrimían los «disidentes», estaba la cuestión de la «centralización democrática» y la «burocratización», que se afianzaba en la URSS y se irradiaba a todos los PC que estaban bajo la órbita de la IC.

Será a partir de 1928 que las ideas de Trotsky empiezan a circular en la Argentina y que las críticas de la *Oposición de Izquierda* comienzan a consolidar una nueva identidad política «resguardando» el marxismo leninismo en oposición a la burocratización stalinista. Además de lo ya dicho, la crítica de Trotsky se va a detener en la premisa de «socialismo en un solo país» que se estimula desde la URSS dirigida por Stalin, según la cual los partidos comunistas de los diferentes países debían adecuarse a la lucha global contra el capitalismo dirigida por Rusia, poniendo en un segundo plano las particularidades de cada país para avanzar en procesos revolucionarios. De esta manera, la función de los partidos comunistas se reducía a acompañar la «mesiánica y titánica» tarea de la URSS en su lucha contra el capitalismo.

Los responsables de difundir estas ideas en nuestro país serán un grupo del PCO que se distancia de la conducción de Penelón fundando la Izquierda Comunista Argentina y editando, hacia 1930, el periódico *La verdad*, quizás la primera expresión genuinamente trotskista en la Argentina. Los referentes más destacados de este reducido pero emblemático grupo serán Roberto Guinney y Camilo López (Coggiola, 2006).

Desde la perspectiva que propone este trabajo, se considera que los supuestos del materialismo histórico enlazados a un modelo de revolución –predeterminado en la mayoría de sus componentes– incidió, no sólo en la dificultad de su inserción en el universo trabajador y en ciertas lecturas –al menos discutibles– sobre la realidad nacional, sino también en las dificultades para la comprensión de la política como terreno contingente de disputa de poder y en la posibilidad de profundizar instancias de convergencia política capaces de neutralizar las tendencias fragmentarias de las disputas entre organizaciones.

El trotskismo cuenta en la historia política argentina con una gran cantidad de formaciones políticas. La conformación en 1938 de la *IV Internacional* fundada por el propio Trotsky, le permitió a esta tendencia contar con una estructura internacional que respaldaba y legitimaba su posicionamiento. Pueden distinguirse en la historia del trotskismo argentino dos grandes tendencias –o *sub*tendencias–, la del morenismo y la

representada por el PO, que nace en 1964 en busca de recobrar la senda del trotskismo perdida por el morenismo.[13]

El guevarismo

Desde fines de la década del cincuenta y principios de la del sesenta, surge la llamada «nueva izquierda» revolucionaria, a nivel global y con particular intensidad en América Latina y en la Argentina. Se trata de un fenómeno que se inicia a partir del desencanto en que cae la generación de posguerra, asociado, entre otros elementos, a las instituciones de la «democracia burguesa» y a la degeneración en la que había caído la experiencia soviética. Ante tales diagnósticos, y más allá de las realidades específicas de cada caso, se desarrolla un movimiento cultural y político que llevará a la joven militancia de izquierda a un proceso de radicalización política que, en no pocos casos, desembocará en la guerrilla y la lucha armada.

En el caso latinoamericano –y argentino– operan una serie de fenómenos insoslayables: la Revolución Cubana y la *Teología de la Liberación* a nivel continental, y a escala nacional, la proscripción peronista, «la traición» de Frondizi y el régimen represivo del *onganiato*. Todos estos afluentes confluyeron en una cultura social y política ansiosa de cambios profundos en un contexto donde el sistema institucional se percibía como incapaz de ofrecer ninguna solución.[14] Sin mecanismos capaces de procesar el antagonismo social, la lógica schmittiana amigo-enemigo se materializaba sin mediaciones en un enfrentamiento implacable por la eliminación del otro. Si *la política* no ofrecía alternativas, había que encontrar «nuevos medios» y la premisa de Clausewitz sonaba como un excelente consejo. Así definen Hilb y Lutzky (1984) este contexto óptimo para que el guevarismo y el maoísmo echaran profundas raíces:

> La nueva izquierda argentina se desarrolló en una sociedad en la que las mediaciones democráticas estaban altamente despreciadas. Creyó inventar un lenguaje, una nueva forma de tomar posiciones frente a la política. Sin embargo (...) fue el espejo de la sociedad de

[13] El morenismo inicia su trayectoria en las primeras experiencias trotskistas del país. Como un desprendimiento del Grupo Obrero Revolucionario fundado en 1939 y liderado por Liborio Justo, Nahuel Moreno (Hugo Bressano) funda en 1944 el Grupo Obrero Marxista. Desde aquel momento, Moreno será la referencia más destacada del trotskismo argentino. Algunos de los hitos de su trayectoria son la co-fundación –junto a Santucho– del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en 1965 y, luego, en 1972, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), del que derivará el Movimiento Al Socialismo (MAS, 1982) y luego el PTS (1988), el MST (1992) y Convergencia Socialista (2000). A lo largo de su extensa trayectoria, Moreno recorrió caminos diversos, que incluyeron acercamientos al peronismo –con prácticas de *entrismo* incluidas– y confluencia con sectores indoamericanistas y pro-lucha armada como fue el caso de la fundación del PRT. Estas actitudes, en especial su relación con el peronismo, generaron críticas y disidencias entre sectores del trotskismo, lo que dio origen, entre otras cosas, al Partido Obrero en 1964 (originalmente llamado Política Obrera). Como lo indica Osvaldo Coggiola, historiador del propio riñón del partido, «El PO surge conscientemente en oposición a las ilusiones abiertas hacia el maoísmo y el foquismo, y en oposición y crítica a todo el proceso de capitulación ante el peronismo, en especial el 'entrismo' del morenismo» (Coggiola, 2006:207).

[14] En un comunicado de agosto de 1971, los Montoneros citan una frase de Mao Tse-Tung que refleja esta situación y su parecer al respecto: «Cuando la política llega a cierta etapa de su desarrollo, más allá de la cual no puede proseguir por los medios habituales, estalla la guerra para barrer el obstáculo del camino. Cuando se ha eliminado el obstáculo y conseguido nuestro objetivo político, terminará la guerra» (Baschetti, 1995: 260).

> la que emergió: una sociedad en la que ´el otro' era el enemigo (...) y en la que la única actitud resultante es la eliminación del contrario (Hilb y Lutzky, 1984:23).

Si el mito fundacional del marxismo-leninismo es la Revolución Bolchevique, el del guevarismo será el de la Revolución Cubana. Claro que, al tratarse de un proceso revolucionario exitoso en el corazón del continente, su impacto para la izquierda latinoamericana fue determinante. Es que, precisamente, la Revolución Cubana implicó la materialización de los sueños de los militantes de izquierda en un país del continente y subdesarrollado. A partir de 1959, quedaban dos cosas demostradas: que se podía llevar adelante una revolución en el continente americano –es decir en la propia cara del *Tío Sam*– y que la «guerra de guerrillas» era capaz de doblegar las fuerzas represivas del Estado (Harnecker, 1999:9). De igual modo, y en sintonía con las tesis trotskistas, se ponía en discusión el etapismo promulgado por el PCUS, dando cuenta de que la revolución podía –y debía– ser antiimperialista y socialista al mismo tiempo.

El rasgo sobresaliente de esta tendencia será el de concebir a la *lucha armada* como la *conditio sine qua non* para desarrollar un proceso revolucionario exitoso. Esta postura será tomada por decenas de formaciones políticas en toda América Latina, que apuestan a la conformación de guerrillas como punto de partida para avanzar en procesos de transformación política.

En nuestro país, será el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), comandado por Jorge Ricardo Masetti, la primera organización autodefinida como guevarista,[15] aunque la más emblemática será el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) dirigido por Mario Roberto Santucho. Así lo refería el propio Santucho en carta a su amigo Roland Thomas Ely, cuando expresaba sus ideas sobre:

> ...la decadencia inexorable del imperio, la farsa de que el desarrollo capitalista aporte bienestar a las mayorías, y el surgimiento liberador de América Latina. Cuba lo prueba más que nadie antes: ahora sí ha empezado la verdadera historia de nuestros pueblos oprimidos del continente (Seoane,1997:47).

En lo que refiere al corpus ideológico, el guevarismo no implicó una ruptura con los discursos canónicos del socialismo de la época, sino más bien la adecuación –especialmente a través de la práctica– del marxismo-leninismo a otras coordenadas espacio-temporales

[15] Cabe aclarar que la primera experiencia guerrillera de aquel entonces que se reconoce es la de los «Uturuncos», que lleva adelante un intento de constitución de guerrilla rural. Menciono al EGP de Masetti porque, más allá de la opción por la lucha armada, coincidía además con los lineamientos político-ideológicos del llamado guevarismo. De hecho, es sabido que Masetti, denominado como «Comandante Segundo», confluiría con Guevara («Comandante Primero») cuando este avanzara desde Bolivia.

(Cancino, 2004:5). En efecto, el guevarismo descansaba en nociones centrales del leninismo como el *Partido de Vanguardia* y la *Dictadura del Proletariado*. De este modo, y sin poner en discusión *las verdades esenciales del marxismo*[16], se mantiene en el guevarismo la revolución como única vía de transformación, la necesidad de una vanguardia y la instauración de una *dictadura del proletariado* administrada por esta.[17] La novedad que impone el guevarismo, además de la lucha armada,[18] es la incorporación de algunos matices que lo distinguen de otras tendencias marxistas-leninistas. Por un lado, adquiere gran centralidad la noción del antiimperialismo y del latinoamericanismo como claves para entender el socialismo en el continente. La vieja idea de la *Patria Grande* bolivariana se reactualiza en el contexto de la *Guerra Fría* que pone a los Estados Unidos interviniendo impunemente en la aniquilación de todo intento progresista que germine en América Latina.[19]

En esta sintonía, el guevarismo se acerca más al maoísmo que al trotskismo, por una cuestión que resulta significativa: el redescubrimiento del campesinado como sujeto político. Al mismo tiempo, el guevarismo, al igual que el maoísmo, no presentará demasiados recelos ante el stalinismo, rasgo constitutivo del trotskismo, relativizando las críticas al autoritarismo y al modelo de Partido-Estado desarrollado en la URSS (Farber, 1998:6; Cancino, 2004:10). Esta posición se articulaba con una postura que enaltecía el sacrificio individual y su sumisión a los intereses del colectivo.

Junto a estas coordenadas «macro» políticas, el guevarismo se caracteriza por incorporar, de manera poco explorada hasta entonces, la cuestión de la subjetividad, insistiendo en la figura del «hombre nuevo» como un intento de construir un «humanismo revolucionario» en el que el sujeto debe estar a disposición de un proyecto social superador. La figura del mártir, condensada en el propio Guevara, se introduce así en el imaginario revolucionario y la voluntad –«el voluntarismo» según los críticos– en el motor de la militancia. En este sentido

[16] Decía Guevara: «Reconocemos las verdades esenciales del marxismo como incorporadas al acerbo cultural y científico de los pueblos y las tomamos con la naturalidad que nos da algo que ya no necesita discusión (…) personalidades como Lenin, Mao Tse Tung y los nuevos gobernantes soviéticos y chinos, establecen un cuerpo de doctrina y digamos, ejemplos a seguir» (Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana, E. Ché Guevara: Obras 1957-1967, Documentos Latinoamericanos 3, François Maspero, París, 1970, p. 93; citado en Cancino, 2004:8).

[17] «El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite ir al sacrificio en su función de avanzada» (Guevara, E., «El socialismo y el hombre nuevo en Cuba», Cuadernos de Marcha, n° 7, nov. 1967, p.120. Citado en Carnovale (2011:189)).

[18] En el esquema guevarista, la lucha armada se convierte en el motor de la revolución, subordinando incluso a la práctica partidaria. Según Carnovale (2011) se trata del eje principal de la ruptura entre el sector de Santucho y el de Moreno en 1968. El sector de Santucho partía de la necesidad de desarrollar la lucha armada para motorizar el proceso revolucionario. En este sentido, se criticaba la concepción insurreccionalista que proponía Moreno, la que era criticada por espontaneísta (p.80), por lo que se imponía «desplazar la dirección del proceso revolucionario del partido hacia el foco guerrillero» (p. 33).

[19] «El marxismo es solamente una guía para la acción. Se han descubierto grandes verdades fundamentales, y partir de ellas, utilizando el materialismo dialéctico como arma, se va interpretando la realidad en cada lugar del mundo. Por eso ninguna construcción será igual; todas tendrán características peculiares, propias de su formación». (Guevara, Ernesto Che: «Sobre la construcción del partido», en: Obras Completas, Tomo I, Legasa, Buenos Aires, 1995, p. 180. Citado en Miguel Mazzeo, 1997).

planteaba Guevara que «el revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte.» («El socialismo y el hombre nuevo en Cuba» en Carnovale 2011:190) y que por tanto «debe tener una conducta que lo acredite como verdadero sacerdote de la reforma que pretende (...) debe ser un verdadero asceta» («La guerra de guerrillas», en Carnovale, 2011:191).

Resumiendo, se puede indicar que el guevarismo representa una tendencia al interior de la corriente marxista-leninista que busca resaltar la importancia de la *lucha armada* como método, en el marco de una perspectiva antiimperialista-latinoamericanista, que reubica el rol del campesinado y del indio, y reflexiona sobre la propia individualidad del sujeto revolucionario, en el que recae ahora un juicio *existencialista* que lo interpela y juzga. En un contexto en el que las libertades democráticas aparecen fuertemente vulneradas –como el que se inaugura en la Argentina de 1955 con el derrocamiento de Perón– la opción por la lucha armada se presenta, no sólo como viable, sino como la más indicada. Todo el vasto conjunto de organizaciones que formaron parte de la guerrilla argentina desde la década de 1960 se vio indudablemente influenciado por la tendencia guevarista.

El maoísmo

El maoísmo constituye la otra gran tendencia que surge con la «nueva izquierda» revolucionaria de los años sesenta como un intento más de «salvar» los principios revolucionarios del marxismo-leninismo de las claudicaciones que mostraba la «izquierda tradicional». Así como el trotskismo surge como una alternativa a la «desviación stalinista», el maoísmo surge ante la «desviación pos-stalinista».[20]

La militancia de la «nueva izquierda» argentina y latinoamericana encontraba en el maoísmo una nueva referencia para establecer sus posicionamientos que se sumaba al guevarismo, que ya había adquirido una gravitación considerable. La «novedad» del maoísmo, en todo caso, estaba dada por algunos elementos que resultaron relevantes para quienes se acercaron a la línea del *Gran Timonel*: por un lado se trataba de una experiencia de gobierno y gestión, un ejemplo real de la transformación de una sociedad orientada desde el propio Estado Proletario, que a su vez «había ido más lejos» que la experiencia

[20] Para el discurso maoísta, el proceso de «des-estalinización» que se manifiesta en el XX Congreso del PCUS de 1956 –con el célebre «Informe Jrushchov»– significa el abandono de la senda socialista y el puntapié inicial de la restauración capitalista en la otrora meca del comunismo. Esta postura de parte del PC Chino se va haciendo explicita a partir de los primeros años de la década de 1960, estableciendo en 1964 una ruptura que no tendrá retorno y que dará origen a una nueva alternativa en el comunismo internacional. Por aquellos años, en 1966, comienza en China la llamada Revolución Cultural, *la revolución dentro de la revolución*, una «vuelta de tuerca más» al proceso de transformación social a partir de la dictadura del proletariado. Mao argumentaba que la principal causa del fracaso de la URSS había sido «no ir a fondo» con la depuración y el combate a los «vestigios burgueses» que sobrevivían al interior de la sociedad soviética. La Revolución Cultural, aunque pueda ser interpretada principalmente como una lucha interna al interior del PC Chino –entre el sector de Mao que, viéndose desplazado por el grupo de Liu Shao Shi y Deng Xiao Ping, decide lanzar una ofensiva depuradora para atacar a sus enemigos– es presentada como la intensificación de la revolución, vía la depuración de los elementos revisionistas pro burgueses.

soviética. En segundo lugar, la «opción maoísta» permitía contar con el respaldo del país más poblado del planeta, esto es, tomar posición en el ámbito internacional y mantener distancia de la «pro-soviética» Cuba.[21]

En este clima, surgen desprendimientos de los partidos tradicionales de la izquierda que tomarán partido por el maoísmo una vez agudizado el conflicto chino-soviético. Así, en el «sector de izquierda» del Partido Socialista Argentino, que en 1961 forma el PSA de Vanguardia, se desprenderán en los años siguientes dos agrupaciones que manifestarán su cercanía a los comunistas del lejano oriente: en 1963 se constituye el *Partido del Trabajo* y en 1965 *Vanguardia Comunista*. Mientras que el primero de ellos se disolvió prontamente, *Vanguardia Comunista* seguirá su derrotero hasta entrados los años ochenta, adoptando el nombre de *Partido Comunista Marxista Leninista* desde 1976 y el de *Partido de la Liberación* desde 1983 (Tortti, 2009:353-363).

Sin embargo, la línea maoísta que mayor proyección logró a lo largo del tiempo en la Argentina fue la que se desprendió del Partido Comunista en la segunda mitad de los sesenta, que en 1968 constituirá el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria y que luego adoptará el nombre de Partido Comunista Revolucionario que hoy conocemos. Su escisión se enmarcó en el conjunto de críticas que veníamos señalando en relación a las «claudicaciones», las «desviaciones oportunistas» y el «revisionismo» que se imponía en el PC argentino por aquel entonces. Así lo manifiestan en su acta constitutiva:

> Asumimos ante el conjunto del Partido Comunista, de la clase obrera y el pueblo, con el fin de salvar al partido para la revolución, la responsabilidad histórica de reconstruir la línea y reestablecer los métodos leninistas. (PCR, 1968).

En líneas generales se puede señalar que la matriz marxista-leninista en su vertiente maoísta se presenta como un «endurecimiento» de la doctrina marxista-leninista. El *plus* que le agrega el maoísmo es el de la «revolución en la revolución», la «lucha de clases al interior del socialismo», sumada a una estrategia que incluye la lucha armada como «guerra popular prolongada» con protagonismo clave del campesinado. El «recrudecimiento» de la «dictadura del proletariado» opera como la solución ante las tendencias burguesas latentes en la sociedad socialista. La lógica maoísta, de este modo, implica un aumento de la *fijación de sentido* presente en el discurso marxista-leninista, especialmente atento al combate de las desviaciones revisionistas, tal como lo llevó adelante el *Gran Timonel* en su Revolución Cultural.

[21] A estas cuestiones se sumaron debates en torno al *foquismo* identificado con el guevarismo, frente al que proponían un proyecto insurreccionalista de masas con fuerte anclaje en el campesinado.

La matriz nacional popular

La matriz nacional-popular va a incorporar la llamada «cuestión nacional» como un tópico insoslayable para comprender –y actuar sobre– la realidad política. Los principales ejes de discusión que trae consigo la «cuestión nacional» son: por un lado reformular/adecuar el corpus teórico marxista a partir de las especificidades de la realidad nacional; y por el otro, resaltar la condición de «dependiente»/»semicolonia» del país, poniendo en el centro del debate la incidencia política y económica de los poderes «imperialistas». Hernández Arregui, uno de sus intelectuales más emblemáticos, lo definirá así: «Por Izquierda Nacional, en un país dependiente, debe entenderse en sentido lato, la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, teniendo en cuenta las peculiaridades de cada país» (Hernández Arregui, 1960:48).

A nivel internacional, los debates en torno a estas cuestiones adquieren especial empuje a partir de algunas reflexiones de Lenin, quien en 1916 escribe el célebre «El Imperialismo, fase superior del capitalismo». Allí, el líder de la revolución bolchevique cargaba sus tintas contra el colonialismo y semi-colonialismo –usando de ejemplo a Argentina inclusive (Lenin, 1961:406)–, resaltando la centralidad de aquella batalla y la especificidad de las tareas de los socialistas en los países oprimidos. En su tesis de 1916, «El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación» señala sin ambages que «los socialistas deben apoyar de la manera más decidida a los elementos más revolucionarios de los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional de estos países y ayudar a su rebelión contra las potencias imperialistas que los oprimen» (Lenin, 1916. Citado en Galasso, 2007:31).

De este modo, el leninismo –a partir del rol protagónico que asume luego de la revolución bolchevique– le da fuerza a algunos debates que atraviesan la problemática de la «cuestión nacional»: los países periféricos ya no deben esperar a la «civilización capitalista» para pensar en la revolución –«la cadena se corta por el eslabón más débil»– y es conveniente desarrollar articulaciones tácticas con sectores no proletarios, «golpear juntos, marchar separados».

Pero los pilares sobre los que se edificará la matriz de la izquierda nacional no provienen de las agrupaciones de izquierda, sino de sectores yrigoyenistas. Será en el surgimiento de la emblemática FORJA en donde se estructurarán de manera concisa los lineamientos de esta «nueva izquierda», a partir de figuras como Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz.[22] Todo el andamiaje ideológico de esta matriz descansa en una nueva hermenéutica sobre la historia nacional, un revisionismo «anti-imperialista» y «anti-liberal» que se centra en

[22] La Fuerza Orientación Radical de la Joven Argentina fue una organización formada por sectores yirigoyenistas que se acercaron al peronismo, entendiéndolos como experiencias de gobierno nacional-populares.

la crítica a la alianza fundacional entre las élites gobernantes –la clase terrateniente y la burguesía comercial porteña– y las potencias imperialistas, principalmente Gran Bretaña en primer lugar y luego los Estados Unidos.[23]

A partir de la irrupción del peronismo, aquellas grandes líneas que los pensadores de la incipiente izquierda nacional habían reconocido en la gestión yrigoyenista, adquieren una materialización más visible. El peronismo es considerado por estos pensadores como un punto más alto del enfrentamiento entre el «pueblo nacional» y la «oligarquía antinacional». Por eso apoyarán al movimiento peronista reivindicando en él sus intentos de un desarrollo nacional de la economía argentina, enfrentando a la oligarquía terrateniente aliada al capital inglés y norteamericano, y apoyándose en un modelo *obrerista* en el que los sectores populares asumirán un rol central.

Pero no será hasta los años de proscripción y de «resistencia peronista» que la «izquierda nacional-popular» adquirirá entidad propia y se constituirá en una referencia relevante en el universo del pensamiento de izquierda en nuestro país. A los planteos de Forja se le suma ahora el intento de intelectuales que manifiestamente buscan conectar el pensamiento nacional-popular con el marxismo. Marcados por el masivo apoyo de las clases trabajadoras al peronismo, intelectuales como John William Cooke, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui destacaran los «componentes revolucionarios» que se alojan en el interior del peronismo, discutiendo especialmente con la izquierda tradicional que sólo ve en el peronismo una experiencia burguesa protofascista.[24]

De este modo, en la época en que surge la «nueva izquierda», el peronismo será una de las referencias más importantes. Así, la «izquierda nacional» se erigirá como un actor de peso en el universo de la izquierda a partir de la constitución de una variada cantidad de formaciones políticas que adherirán a sus principales lineamientos. Sectores provenientes del PC (Rodolfo Puiggros), del PS (PSA de Vanguardia), del trotskismo (Aurelio Narvaja, Esteban Rey, Jorge Abelardo Ramos) se fueron acercando a «posiciones nacionales» y toda una generación de militantes se vio fuertemente atraída por esta izquierda de nuevo cuño.

[23] «La revisión de la historia ha puesto ya en evidencia que todos los conflictos (...) no han sido más que los distintos aspectos de la lucha entre el país que quería realizarse, según su modo americano y tradicional, y la finalidad británica de acomodarlo a su esquema imperialista; a eso tendía la desintegración territorial, comenzada en Alto Perú –como lo quería Rivadavia intentada por la segregación del Litoral, lograda con la separación de la Banda Oriental y culminada con la guerra del Paraguay.» (Jauretche, 2006:18).

[24] Así se manifestaba Cooke sobre la «incomprensión de la izquierda»: «En el año 1945 Perón planteó perfectamente el problema nacional, acá hay una frase clave y que él de una manera o de otra la ha repetido siempre: 'Cien años de explotación interna e internacional han creado un fuerte sentimiento libertario en el espíritu de las masas populares'. La izquierda inclusive no la entendió. Posiblemente si Perón en vez de decir una frase tan sencilla hubiese dicho: La dialéctica de la lucha de clases internas, en relación con la liberación de los pueblos semicoloniales en la época de la expansión financiera del imperialismo, se conjuga en una unidad dialéctica dentro de las coordenadas de la economía y de la historia mundial. Si lo hubiese dicho así, de esa forma, la izquierda tal vez lo hubiese reconocido como un hombre genial.» (Cooke, 1964).

La matriz autonomista

La matriz autonomista se constituye a partir de la discusión de una serie de puntos presentes –y centrales– en las matrices marxista-leninista, socialdemócrata (liberal-republicana) y nacional popular. Quizás el más sobresaliente tiene que ver con una *nueva* concepción del poder y por tanto, de la militancia, de la construcción política y de los medios y fines que han de guiar a la política *radical*. Los exponentes teóricos más emblemáticos de esta matriz los encontramos en el llamado *obrerismo italiano* en figuras como Tony Negri y Paolo Virno (Albertani, 2004 o Modonesi, 2005), como así también en la figura de John Holloway. En nuestro país podemos mencionar al *Colectivo Situaciones* como uno de los principales referentes teóricos de esta matriz.

Esta matriz político-ideológica busca romper con la idea del poder como centro, concentrado en algún –o algunos– punto(s) privilegiado(s) de la ingeniería de dominación social. Para la matriz autonomista, es tiempo de romper con la idea –compartida por leninistas, nacional-populares y socialdemócratas– de concebir al Estado como el espacio privilegiado para pensar el poder. Asociado a esta redefinición del concepto de poder y vinculado a la relación entre medios y fines, aparecen otros dos valores centrales que resultan comunes al interior de esta corriente: la *desburocratización* de las estructuras y la *democratización* de las formaciones políticas (Svampa, 2006b:6, 2010:9; Kohan, 2010:31).

Como es sabido, muchos de estos elementos aparecen ya en las definiciones del anarquismo argentino de fines del siglo XIX y principios del XX. En efecto, no resulta original vincular a la matriz ideológica autonomista con algunos antecedentes del anarquismo (Katz, 2005). Más allá de las especificidades espacio-temporales de cada experiencia, ejes como la *desestatalización*, desburocratización y democratización del poder, centrales en la matriz autonomista, sobrevuelan los debates anarquistas de fines del siglo XIX. Si lo que interesa es reconstruir los principales antecedentes de la matriz, parece justificado detenerse en algunos de los puntos más importantes de aquellos debates a modo de introducción para las definiciones más actuales del autonomismo.

El anarquismo, entre otros antecedentes relevantes, posee dos que adquieren especial trascendencia: en primer lugar, protagoniza, como una de las dos fracciones en disputa, el principal debate que se da en las primeras experiencias de la izquierda internacional moderna; en segundo lugar, constituye una de las dos corrientes que dieron los primeros pasos de la izquierda en la Argentina.

Los anarquistas argentinos, siguiendo los planteos de Proudhon y Bakunin, desdeñan la política de partidos y la idea construir un nuevo poder que asuma las funciones del Estado. El ideal *libertario*, como de allí se desprende, pone especial énfasis en la *libertad* como el principal valor que debe ser resguardado. Para ellos el *poder* es el enemigo de la *libertad,*

y el Estado, como su expresión más acabada, no debe formar parte de la agenda socialista –en sentido amplio– más que para su disolución total.[25]

Como es sabido, el anarquismo cayó prontamente en desgracia y, de ser la principal corriente de la izquierda argentina en los inicios del movimiento obrero, fue languideciendo hasta casi desaparecer, mientras el socialismo reformista y luego el marxismo-leninismo se adueñarían de la escena.

Es en el marco de la llamada oleada neoliberal, del *Washington Consensus* y del «fin de la historia» que se reactivan varios de estos debates al interior del universo de la izquierda. Luego de años de hegemonía *estatalista* en la familia de la izquierda –reformismo, marxismo leninismo e izquierda nacional–, los resultados no se mostraban nada alentadores. Apoyados en algunos cuestionamientos de filiación (filo) posmoderna –como los de Foucault y Deleuze– hacia el marxismo tradicional, el debate sobre la naturaleza y características del *poder* se traslada a las discusiones sobre la política en general y sobre el rol de la izquierda en particular. En el momento en que el zapatismo y los movimientos *globalifóbicos* se presentan como las *nuevas formas* de lucha, surgen los lineamientos de la *narrativa autonomista* rescatando, como dijimos, algunos elementos centrales del corpus ideológico anarquista.

Como se dijo, uno de los representantes emblemáticos de esta matriz es el italiano Antonio Negri, quien en su célebre *Imperio* analiza las nuevas formas que adquiere el poder en las sociedades actuales y las implicancias que aquello trae para pensar en políticas radicales de transformación. Allí señala –junto a Michael Hardt– que la dominación y el poder en las sociedades posmodernas ya no pueden ser comprendidos según los paradigmas modernos en los que el Estado-nación poseía una centralidad excluyente. En la actualidad, dicen los autores, ya no resulta apropiado seguir pensando en términos de *imperialismo* –como la expansión de la dominación por parte de Estados-nacionales– sino más bien de *imperio,* entendiendo por esto un sistema de dominación descentrado, que rebalsa y trasgrede las fronteras nacionales mediante flujos de intercambio constante de dinero, acciones, capitales, recursos laborales, información, etc.

[25] Vale la pena citar un fragmento de *La Protesta Humana* en donde se establece de modo claro y explícito las principales diferencias que los ácratas observan con sus pares socialistas, ya sean reformistas o revolucionarios: «El socialismo moderno divídese principalmente en dos fracciones que difieren en la táctica y en los medios para la realización de un ideal. Conócese una fracción con el nombre de socialismo autoritario o legalitario, y la otra llámase socialismo libertario o anarquista. Las doctrinas de Carlos Marx son las que sirven de base al socialismo autoritario. El socialismo libertario, iniciado por Proudhon y desarrollado por Bakunin, pretende la realización del ideal socialista por medios directos, francamente revolucionarios, sin admitir la lucha política, que cree inmoral y enervante, y sin recurrir a la intermediación de un Estado obrero que considera perjudicial y peligroso. Que una vez iniciada la revolución los campesinos hagan uso libremente de la tierra, que los mineros se incauten en las minas, que los trabajadores de la ciudad se incauten en las fábricas, talleres, etc., que el pueblo, en fin, efectúe directamente la expropiación y socialización de la producción, del consumo, del cambio, de la instrucción. Los socialistas libertarios, considerando que el Estado es poder, que el poder es tiranía, y que la tiranía es la negación de la libertad humana, dejan a la libre iniciativa de los individuos y las colectividades lo que los legalistas pretenden encomendar al Estado (La Protesta Humana, 18 de octubre de 1902. Citado en Pigna, 2004:370,371).

> El tránsito del imperio se da a partir del ocaso de la soberanía moderna. En contraste con el imperialismo, el imperio no establece ningún centro de poder y no se sustenta en fronteras o barreras fijas. Es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio que progresivamente incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras abiertas y en permanente expansión (Negri y Hardt, 2002:12).[26]

Uno de los puntos centrales de estas definiciones, en relación a sus implicancias para la construcción y la práctica política, lo constituye la recuperación de la noción foucaultiana de *biopolítica y biopoder.* Según esta perspectiva, el poder logra introducirse, no sólo en las conciencias de los sujetos, sino también en los cuerpos y en la *producción de la vida misma* con el propósito de llevarlos a estados de alienación, de enajenación, llegando a constituir «una función vital, integral, que cada individuo apoya y reactiva voluntariamente.» (Negri y Hardt, 2002: 36).

Ante estas modificaciones se hace imprescindible repensar las estrategias de «militancia radical», no ya a través de las tradicionales instancias organizativas institucionalizadas (partido, sindicatos), sino construyendo *contrapoder* desde la *multitud,* en un escenario en el que las mediaciones políticas modernas ya no ejercen la influencia que ejercían. Esto es visto como una considerable ventaja.[27] De esta manera, la militancia no será ya la búsqueda de la *actividad representativa*, sino la *actividad constituyente,* es decir «la resistencia se vincula inmediatamente a una inmersión constitutiva en la esfera biopolítica y a la formación de aparatos cooperativos de producción y comunidad.» (Idem:356), todas nuevas formas de sociabilidad y productividad social. Este es el espacio –el «*no-espacio*»– en el que ha de surgir el *contrapoder,* esa virtuosa combinación de *resistencia*, *insurrección* y *potencia constituyente* que, en la medida en que no se vea apresado por los mecanismos jurídicos, constitucionales, será la llave para la transformación radical de la sociedad (Negri, 2003:83).

Utilizando otros referentes teóricos y otros conceptos, John Holloway comulga con la esencia del grueso de las críticas a las concepciones estadocéntricas del poder en el seno de la izquierda (Holloway, 2003:73-74). Su punto de partida es comprender que el poder tiene dos sentidos antagónicos, que son: el «poder-hacer» (*potentia)* y el «poder-sobre» (*potestas)*. El primero refiere al potencial creativo, a la capacidad de hacer y crear del ser humano; el que es –siguiendo a Marx– siempre social y el motor de toda transformación. El

[26] De esta manera, los elementos que definen al *imperio* son: a) la falta de fronteras; b) la a-historicidad, se presenta como un orden que *suspende la historia*; c) el *biopoder,* como mecanismo de control social inmanente inclusive en los propios cuerpos; e) y como corolario de lo anterior, la proclamación del poder en nombre de la *paz perpetua y universal* (Negri y Hardt, 2002:13).

[27] «Los conflictos sociales, que constituyen lo político, se enfrentan directamente entre sí, sin mediaciones de ningún tipo. Esta es la novedad esencial de la situación imperial. El imperio crea un potencial para la revolución mayor que el que crearon los regímenes modernos de poder porque nos presenta, junto con la maquinaria de mando, una alternativa: el conjunto de todos los explotados y sometidos, *una multitud que se opone directamente al imperio, sin que nada medie entre ellos*» (Negri y Hardt, 2002:341). Las cursivas son nuestras.

«poder-sobre», por el contrario, se refiere al poder sobre las personas, sobre el otro. Quienes ejercen el poder *sobre* otros separan lo *hecho* del *hacedor*, es decir, dan inicio a lo que *el joven Marx* llamaba la alienación.

Del mismo modo que el poder-sobre separa lo hecho del hacer, la dominación capitalista implica la separación entre el Estado y el proceso de explotación. De esta manera el Estado no es el *sitio* del poder, sino sólo un momento en el proceso de separar *lo hecho* del *hacer*.[28] Desde estos supuestos es que resulta imprescindible pensar otras estrategias de militancia que rompan con las lógicas que apuntan a la conquista del Estado, que se subsuman a los canales de la participación política (estatal) y que pretendan la creación de un poder alternativo, un nuevo «poder-sobre».[29]

Ante esto, lo que se propone es construir nuevas formas de militancia que no se orienten a la conquista del poder del Estado, pero que tampoco reproduzcan en sus mismas estructuras las lógicas de dominación –mediante jerarquías y verticalismos– inherentes a la producción del *poder-sobre*. En este sentido, las luchas radicales no deben orientarse tanto a la construcción del *contrapoder,* sino más bien al desarrollo de un verdadero *antipoder.*[30]

Esta matriz ideológico-política fue sumando adeptos en distintas organizaciones políticas locales. Con sus bemoles y especificidades, fuerzas como *Autodeterminación y Libertad,* los *Movimientos de Trabajadores de Desocupados*, el *Frente Popular Darío Santillán* y el *Colectivo Situaciones* sintonizaron con buena parte de estas definiciones. Este último lo sintetiza de manera clara: «Ya no se trata de «dirigir» o «apoyar» las luchas sino de habitar activamente nuestra situación (…) de la emergencia de una nueva sociabilidad no capitalista como ética práctica del compromiso y materialización del contrapoder (…) de la disolución de las jerarquías» (Colectivo Situaciones, 2003:37). Si el objetivo ya no es la conquista del poder estatal, los caminos que conducían allí, deben ser abandonados.

[28] «Una política que está orientada hacia el Estado reproduce inevitablemente dentro de sí misma el mismo proceso de separación, separando a los dirigentes de los dirigidos (…) [y] lejos de conseguir un cambio radical en la sociedad, conduce a la subordinación progresiva de la oposición a la lógica del capitalismo» (Holloway, 2003:74).

[29] «Si participamos de la política (…) estamos participando activamente en el proceso de separación que es el capital. (…) Que el Estado sea la forma predominante de organización de los opresores no es un argumento a favor para luchar a través del Estado, sino para desarrollar formas alternativas de lucha (…) El capital nos invita todo el tiempo a colocarnos sobre su terreno de lucha: si aceptamos ya perdimos antes de empezar (…) Mientras exista Estado, el capital lo va a controlar, simplemente porque el Estado es una forma burguesa de las relaciones sociales (…) No podemos decir que es necesario primero adoptar métodos capitalistas (luchar por el poder) para luego ir en el sentido contrario (disolver el poder)» (Holloway, 2001:187-188).

[30] Cabe señalar que si bien *contrapoder* y *antipoder*, Holloway los presenta como conceptos *antagónicos,* las definiciones de *contrapoder* que proponen tanto Negri como el Colectivo Situaciones coinciden –al menos en lo fundamental– con la definición de *antipoder* que sugiere Holloway. Por ejemplo, Negri se detiene en aclarar que el *contrapoder* no pretende el reemplazo de «un poder por otro», –que sería lo mismo que plantean las posturas leninistas o reformistas–, sino la constitución de una nueva forma de potencia y sociabilidad: «es necesario que la actividad del contrapoder no tenga como objetivo la sustitución del poder existente. Ella debe proponer, al contrario, formas y expresiones distintas de libertad de las masas (…) por medio del contrapoder nosotros no queremos conquistar y hacernos del viejo poder sino desarrollar una nueva potencia de vida, de organización y de producción» (Negri, 2002:88).

La izquierda argentina: entre la tradición eurocéntrica y la construcción autóctona de nuevos paradigmas

Como se ha dicho, la constitución de las matrices político-ideológicas de la izquierda argentina se desarrolló a partir de la importación de los debates de las internacionales socialistas y de las internas que allí se fueron desatando. En este sentido puede plantearse una distinción entre, por un lado, las matrices liberal-socialista, marxista-leninista y autonomista –a las que llamaremos «izquierda tradicional» para simplificar– y, por el otro, la matriz nacional-popular. Mientras que las primeras trasladan al país los debates europeos sobre las tácticas y estrategias políticas, la matriz nacional popular se caracteriza justamente por poner en discusión la pertinencia de trasladar debates foráneos y aplicarlos a la realidad local de manera casi lineal.

El surgimiento del peronismo en la Argentina constituyó un verdadero parteaguas en el campo popular argentino que continúa hasta la actualidad. La matriz nacional-popular se desarrolla especialmente poniendo en cuestión el análisis de la izquierda tradicional sobre el peronismo, el que fue considerado como una simple expresión del fascismo, homologándolo con las experiencias nazi-fascistas europeas.

La estructuración de las matrices político-ideológicas permite observar las grandes diferencias que se presentan en el universo de la izquierda, los puntos de desacuerdo *fundamentales.* La larga tradición en la que descansan los debates que estructuran las corrientes al interior de la izquierda en la actualidad dan una primera pauta del peso de las definiciones en la configuración del espacio político. Esto parece reforzado por la *lógica programática* mostrada por la izquierda, no sólo en sus *cartas fundacionales* rebosantes de detalles y precisiones, sino también en sus publicaciones periódicas que las reafirman sistemáticamente. En unas como en otras, las formaciones políticas de la izquierda establecen con rigor el camino a seguir, un sendero por lo general estrecho y, por ello, proclive a bifurcarse a menudo. Buena parte de la estrechez y rigidez de los límites deviene de una fuerte apelación al saber científico como fuente de legitimación del discurso, en contraste a la *no cientificidad* del resto de los discursos identitarios.

Las identidades políticas pueden analizarse tanto en su dimensión dinámica como topográfica (Aboy Carlés, 2001). Son dinámicas porque son contingentes; su cierre es precario y sujeto a las modificaciones de la dinámica política. En tanto se inscriben en un campo de significación, son necesariamente relativas: su posición (dinámica) se define en la relación al resto de las fuerzas que participan en el escenario político: «identidad y diferencia son la condición y la inauguración misma de sentido».

La irrupción del peronismo interpeló brutalmente a las identidades políticas de la izquierda argentina. Éstas, inscritas en las lógicas que las originaron, observaron, analizaron y valoraron la experiencia peronista a través del lente propinado por las grandes definiciones

que resultaban de los debates de las internacionales y de las dinámicas políticas europeas. Desde estos sistemas de creencias, el peronismo resultó inequívocamente una expresión del nacionalismo corporativista nazi-fascista en boga en el viejo continente. En efecto, fue principalmente a partir de la aparición del peronismo, que se pusieron especialmente de manifiesto estos rasgos de la constitución de las matrices político-ideológicas de la izquierda. De este modo, la matriz liberal-socialista exacerbó sus elementos liberales, alineándose con los sectores políticos más conservadores, mientras que la marxista-leninista se vio presa de las directrices soviéticas, como apéndice de su política exterior.

Es también, a partir de la reconfiguración política que provoca el peronismo, que surge la matriz nacional-popular como una manera de repensar las definiciones político-ideológicas de la izquierda. Desde esta nueva perspectiva, se buscó resignificar la experiencia peronista, rescatando sus componentes clasistas y obreristas, su antiimperialismo y el enfrentamiento con los sectores tradicionalmente concentrados de la política y la economía.

Los debates en torno a la significación del peronismo por parte de la izquierda se reactualizaron en los tiempos recientes a partir del surgimiento del kirchnerismo, una expresión de origen peronista que reivindica sus elementos más progresistas. El abanico de organizaciones políticas de la izquierda se vio necesariamente interpelado por la experiencia kirchnerista iniciada en el 2003, volviendo a alimentar la distinción entre la matriz nacional-popular y las de la *izquierda tradicional.*

La pertinencia de recorrer la constitución de las matrices de la izquierda estriba en el hecho de que, aún hoy, aquellas huellas de origen se hacen presentes y están en la base de los posicionamientos que las organizaciones de la izquierda asumen. La importación de debates y problemas, y la centralidad y fijación que tales elementos adquieren en su práctica política, parecen tener claras implicancias sobre sus actuales posicionamientos.

En el caso de la matriz liberal-socialista, la irrupción del peronismo exacerbó los rasgos liberales, a partir de la presencia de un modelo deseable de sistema político –atribuido a países «serios»– que constituye una referencia comparativa obligada. Mientras que en la década de 1940 esto se tradujo en la alianza del Partido Socialista con los partidos conservadores frente al peronismo, en la actualidad se manifiesta en una férrea oposición al kirchnerismo, exacerbación de elementos liberales y duras críticas a los «populismos» latinoamericanos.

La matriz marxista-leninista hoy se ve especialmente representada por su vertiente trotskista en el llamado *Frente de Izquierda y de los Trabajadores.* Aquí la persistencia de aquellos elementos constitutivos se vuelve manifiesta cuando estas organizaciones asumen una dura crítica a todos los procesos latinoamericanos pos-neoliberales que se han venido desarrollado en el continente. Para estas organizaciones, tanto los gobiernos de Chávez, de Evo Morales, Correa, Lula Da Silva y, por supuesto, el kirchnerismo, son entendidas como

estrategias de los grandes poderes capitalistas para contener los *verdaderos* procesos revolucionarios de sus pueblos.

Las organizaciones más cercanas a la matriz autonomista han reconsiderado algunos de los planteos originales del anarquismo que antes aparecían más visibles. En este camino, valoran positivamente las experiencias pos-neoliberales latinoamericanas extranjeras, pero marcando una persistente distancia con el caso del kirchnerismo.

Pareciera que la constitución de las matrices político-ideológicas de la izquierda arrastra hasta la actualidad buena parte de sus *marcas de origen.* El eurocentrismo, el cientificismo, el economicismo, la teleología histórica y el esencialismo clasista son algunos de los elementos que atraviesan la mirada de las organizaciones de la izquierda tradicional. La emergencia de procesos políticos *sui generis* de corte progresista y que buscan desandar buena parte del camino trazado por los gobiernos neoliberales, no se traduce en simpatías ni acercamientos, sino más bien en la reedición de un antagonismo radical que en no pocas oportunidades los encuentra codo a codo con los sectores liberal-conservadores de la política autóctona y regional.

Referencias bibliográficas

Abendroth, W. (1983). *Historia social del movimiento obrero europeo,* Barcelona, LAIA.

Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Argentina, Homo Sapiens Ediciones.

Amaral, Samuel (2004). «Una interpretación maoísta del peronismo: Eduardo Astesano y la revolución de la nueva democracia.», en *Series Documentos de Trabajo N° 279,* Universidad del CEMA, Área Ciencias Políticas. Disponible en www.ucema.edu.ar/publicaciones

Bauman, Zygmunt (1990). *Pensando Sociológicamente,* Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Baschetti, Roberto (1995). *Documentos (1970-1973)*, La Plata, Ed. De la Campana.

Camarero, Hernán y **Carlos M. Herrera** (2005). «El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas». En Camarero, H. y Herrera, C.M., comps., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, Política e Ideas a través de un siglo,* Buenos Aires, Prometeo.

Campione, Daniel (2005). «¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional». En Camarero, H. y Herrera, C.M., comps., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, Política e Ideas a través de un siglo,* Buenos Aires, Prometeo.

Cancino, Héctor E. (2004). «Ernesto 'Che' Guevara, intelectual revolucionario: notas para un estudio crítico de su pensamiento.» En *Sociedad y discurso*, AAU, Vol. 6.

Carnovale, Vera (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP,* Buenos Aires, Siglo XXI.

Coggiola, Osvaldo (2006). *Historia del Trotskismo en Argentina y América Latina,* Buenos Aires, Ediciones R y R. 1ª edición 1985

Cooke, J. W. (1964). *Apuntes para la militancia.* Disponible en http://www.margen.org/desdeelmargen/num7/cooke.html

Corbiere, Emilio (1984). *Orígenes del comunismo argentino,* Buenos Aires, CEAL.

Farber, S. (1998). «La resurrección de Che Guevara» en *Iniciativa Socialista*, Nº 50, p. 6. Disponible en: http://www.archivochile.com/America_latina/Doc_paises_al/Cuba/Escritos_sobre_che/escritossobreche0235.pdf

Galasso, Norberto (2007). *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Tomo I*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

Graciano, Osvaldo (2010). «El Partido Socialista de Argentina: su trayectoria histórica y sus desafíos políticos en las primeras décadas del siglo XX» en Revista *A Contra Corriente*, Vol. 7, No. , pp. 1-37, Versión digital: www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Harnecker, Marta (1999). *Haciendo posible lo imposible. La izquierda en el umbral del siglo XXI,* México, Siglo XXI. Versión digital: http://www.funtha.gov.ve/doc_pub/doc_225.pdf

Hernández Arregui, Juan José (1960). «La formación del pensamiento nacional» edición digital: http://www.lasocial.org.ar/IMG/pdf/la_formacion_de_la_conciencia_nacional_hernandez_arregui.pdf

Hilb, Claudia y **Daniel Lutsky** (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL.

Hobsbawm, Eric (1971). *Las revoluciones burguesas*, Editorial Guadamarra.

Holloway, John (2003). «Doce tesis sobre el anti-poder», en Colectivo Situaciones, *Contrapoder, una introducción*, Buenos Aires, Ed. De mano en mano.

Holloway, John (2001). «La asimetría de la lucha de clases. Una respuesta a Atilio Borón», en *Revista OSAL*, Nº4, junio, CLACSO, Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal4/debates.pdf

Jauretche, A. (2006). *Política Nacional y Revisionismo Histórico.* Buenos Aires, Corregidor. 1ª edición: 1959.

Katz, Claudio (2002). «La discusión estratégica en la izquierda», en revista *Laberinto,* Nº 10.

Kohen, Daniel (2010). *Marea Roja*, Buenos Aires, Sudamericana.

Laclau, Ernesto y **Chantal Mouffe** (2006). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica. 1ª edición: 1985.

Lenin, V. (1961). *Obras Escogidas*, Tomo I, Moscú, Ed. El Progreso.

Lichtheim, George (1975). *Breve historia del socialismo,* Madrid, Ed. Alianza.

Mazzeo, Miguel (1997). «Mariátegui y el Che: el cambio cualitativo en la noción de la revolución y el socialismo.» En *América Libre*, Nº 11. Disponible en: http://www.nodo50.org/americalibre/anteriores/11/index.htm .

Negri, Tony (2003). «Contrapoder», en Colectivo Situaciones, *Contrapoder, una introducción*, Buenos Aires, Ed. De mano en mano.

Negri, Tony y **Michael Hardt** (2002). *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.

Oddone, Jacinto (1983). *Historia del socialismo argentino,* Tomo 1, Buenos Aires, CEAL.

Pigna, Felipe (2004). *Los mitos de la historia argentina 2*, Buenos Aires, Planeta.

Rodríguez Araujo, Octavio (2002). *Izquierdas e izquierdismo. De la primera internacional a Porto Alegre,* México, Siglo XXI.

Rodriguez Braun, C. (2000). «Orígenes del socialismo liberal. El caso de Juan B. Justo.» En *Cuadernos de CC.EE. y EE.* Nº 38, pp. 39-59. Disponible en: http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=208141.

Seoane, María (1997). *Todo o Nada*, Buenos Aires, Planeta, (Ed. Bolsillo) 1ª edición: 1991.

Svampa, M. (2010). «Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina», One World Perspectives, Working Papers 2010, Universidad Kassel, disponible en http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo45.pdf

Tortti, M.C. (2009). *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda,* Buenos Aires, Prometeo.